

de vino, é iremos á comer con él; sin duda que con esto le quitaremos su descontento. » Fuéronse pues así á su celda y llamaron á la puerta. El discípulo del viejo les preguntó quiénes eran. Respondiéronle que era Pemen que venia á rogar á su abad que le diese su bendicion. El discípulo dijo esto al viejo, el cual les hizo decir que se marchasen, y que él no tenia tiempo desocupado para hablarles. No se retiraron por esto sin embargo, sino que respondieron que permanecerian de este modo á la puerta, aun cuando espuestos á los más vivos ardores del sol, hasta tanto que hubiesen merecido de su abad, recibir su bendicion. Su humildad y paciencia conmovió el corazón del viejo; tuvo pesar de recibirles tan mal y habiéndoles abierto, comieron juntos. Durante la refeccion les dijo: « Os aseguro que por bien que me han hablado de vosotros, experimento hoy con mis propios ojos que hay aun que decir cien veces más; » y desde entonces se hizo su íntimo amigo.

Por lo demás, San Pemen estaba tan distante de haber querido atraerse la estimacion de las gentes de aquel país, con perjuicio de la que antes se tenia por aquel viejo, que se decia de él que no osaba nunca emitir su parecer sobre una cosa, cuando algun abad más anciano que él habia ya dado el suyo. Contentábase con aplaudir con respeto el del anciano.

Era necesario probablemente que sus parientes no estuviesen muy distantes del sitio en que moraba, porque algunas veces habian intentado irle á ver; pero él siempre se excusaba de ello; y hasta quizás se encontrase que hubo algun exceso en su conducta si no fuese sabido que los santos tuvieron luces no comunes sobre la perfeccion religiosa. Su madre ya muy entrada en edad, habiendo sabido que habia venido de Sceté con sus hermanos, y llevada de un vivo deseo de verles, habia ido varias veces al lugar en donde

moraban; pero ellos habian tomado tan bien las medidas que jamás pudo encontrarles. Finalmente una vez tomo ella de tal manera las suyas que les salio al encuentro cuando iban á la iglesia; pero apenas la vieron se volvieron á su celda y cerraron la puerta detrás de sí. Siguióles ella y hallando la puerta cerrada, se puso á llorar y á llamarles con gritos y lamentaciones, diciéndoles: « No me negueis, hijos míos, el consuelo de veros. » Anub, movido con sus lágrimas, fuese á encontrar á Pemen y le dijo: « ¿ Qué haremos? He ahí que nuestra madre está llorando en la puerta. » Pemen fué allá, y teniendo siempre la puerta cerrada, le dijo: « ¿ Porqué, madre mia, venis á llorar de esta manera? » Ella reconoció su voz, y esforzándose más, exclamó: « ¡ Ay! hijos míos, quiero veros; ¿ qué mal encontráis en darme este consuelo? ¿ No soy yo vuestra madre? ¿ No sois vosotros mis hijos á quienes he alimentado con la leche de mis pechos? Yo soy ya vieja, y apenas he oido vuestra voz me he sentido doblemente emocionada por la ternura. » — « Madre mia, replicó Pemen ¿ qué preferís: vernos aquí de paso ó vernos en la otra vida. ? » — « Pero ¿ estás bien seguro, replicó su madre, que os veré en la vida futura si no tengo en la presente esta satisfaccion? » — « Si, sin duda, dijo Pemen; si quereis al presente hacer á Dios el sacrificio del consuelo que tanto deseais. » Esta seguridad la calmó enteramente y se retiró diciendo con gran contento: « Puesto que estoy segura de veros en el cielo, quiero privarme de veros en la tierra. »

Dios hizo ver por un milagro cuánto le agradaba este desapego de su siervo. Habiendo ido á verle el abad José con algunos solitarios, uno de sus parientes seglares aprovechó esta ocasion para llevarle un niño que tenia al cual el demonio habia de tal manera contrahecho el rostro que se lo habia vuelto hacia la espalda. Él no se atrevió á dirigirse directamente á este santo; sino que se contentó

con quedarse á la puerta de la celda y llorar teniendo a este niño. Oyóle llorar uno de los solitarios, y salió para preguntarle la causa de esto : « Yo soy, respondió aquel hombre, pariente del abad Pemen, y traigo este niño que veis á fin de que lo cure; pero no me atrevo á presentárselo porque sé que no ve á sus parientes y que si sabia que estoy aqui, me haria decir que me retirase. Os suplico, pues, padre mio, que tengais piedad de mí y le presentéis mi niño á fin de que ore por su curacion. » Aquel religioso lo tomó; pero conociendo la humildad de San Pemen, tuvo la destreza de no presentárselo al instante. Rogó á todos los otros padres que se hallaban presentes, á uno despues de otro, empezando por el más jóven, que orase por la curacion de este niño é hiciese sobre él la señal de la cruz; lo cual habiendo hecho todos, presentosélo por ultimo á Pemen. Negóse al principio á hacerlo, y ni siquiera quiso mirar al niño; pero apretado por las instancias de los demás, levantóse por último lanzando un suspiro, é hizo á Dios esta corta oracion : « Señor, curad á vuestra criatura y libradla del dominio del enemigo. » Hizo en seguida sobre él la señal de la cruz y al instante el niño fué curado y devuelto en manos de su padre.

Habiendo llegado el nuevo gobernador de la provincia, durante la permanencia que hizo en Egipto, supo pronto en qué reputacion de santidad, se hallaba en este pais, y deseando verle, envió á saber de él si le recibiria. Afligióse con esto el santo, diciendo dentro de sí : « Si personas de esta categoria vienen á hacerme este honor, no hay que dudar que gran número de otras personas harán lo mismo, y hasta el pueblo en peso vendrá aquí. Así perderé yo pues toda la tranquilidad de mi soledad, y lo que todavia es más peligroso para mí, el demonio de la vanagloria me tenderá lazos, y corro riesgo de perder la gracia de la humildad, que he procurado conservar desde mi infancia, con el auxilio

del señor y con gran trabajo. Con esta consideracion determinóse á no admitir esta visita é hizo exponer sus excusas al gobernador.

Aquel señor no se ofendió por esto, pero lo sintió; y dijo á uno de sus oficiales que no podia atribuir esta negativa más que á sus propios pecados, que le hacian indigno de ver á aquel hombre de Dios. No perdió sin embargo las ganas de verle; sino que queriendo obtenerlo á cualquier precio que fuese, pensó en encarcelar al hijo único de la hermana del Santo, y le mandó a decir que su sobrino habia caido en una falta que no podia él dejarla impune, pero que le perdonaria si venia á pedir su gracia. Su hermana, que supo lo que al gobernador le habia enviado á decir, corrió al instante á su celda para suplicarle que se presentase á él; pero como el santo se negase á verla, en el exceso de su dolor, llegó hasta decirle palabras duras. Súpolo el gobernador, y se contentó con una carta suya; la cual instado á hacer San Pemen, le escribió en estos términos : *Ruego á vuestra grandeza que haga examinar cuidadosamente la causa de mi sobrino. Si ha cometido algun crimen que merezca la muerte, que sufra este suplicio, á fin de que siendo castigado en este mundo evite las penas eternas del infierno. Pero si no ha merecido la muerte, disponed de él lo que es conforme á la autoridad de las leyes.* El juez admiró esta conducta del Santo y dió libertad al preso.

El gobernador de la provincia quizás el mismo de quien acabamos de hablar, fué al lugar en que moraba, y los habitantes le suplicaron que se aprovechase de esta ocasion para pedirle gracia en favor de un hombre de su pais á quien habia hecho arrestar. San Pemen comprendió que si se rendia á sus instancias iba á ser sin cesar importunado para pedir gracias á este gobernador que le tenia en gran veneracion, lo cual no podia menos de

turbar el reposo de su soledad. Dijo pues á los que habian ido á rogarle que le concediesen tres dias. Durante este tiempo dirigió á Dios la siguiente oracion : « Señor, haced que este juez no me conceda la gracia que quieren que yo le pida ; porque si la obtuviese, esas gentes vendrian continuamente á apartarme de mi retiro. » Fuese en seguida á hablar al gobernador, el cual le dijo : « Sin duda no sabeis, Padre mio, que aquel por quien os interesais es un ladrón. » El santo alegróse mucho con esta negativa y volvióse á su celda muy satisfecho de que Dios hubiese oido la oracion que le habia dirigido.

Bien se vé que el motivo que le determinó en esta ocasion era puro y muy agradable á Dios puesto que fué en ella escuchado favorablemente ; pero en otras ocasiones cuando veia que la dulzura podia ser herida, aun para con aquellos que por sus malas acciones merecian menos que se usase de ella en bien suyo, juzgaba que no convenia á solitarios alejarse de las reglas de esta virtud. Esto es lo que manifestó en el caso que vamos a referir. Un ermitaño que moraba en la montaña de Athribi, en el Bajo-Egipto, fué atacado por unos ladrones y pidió auxilio. Acudieron los solitarios vecinos, cogieron á los ladrones, los cuales fueron conducidos al juez y encarcelados por orden suya. Pero teniendo pena aquellos hermanos de este castigo, fueron á consultar á San Pemen, el cual escribió al ermitaño de Athribi en estos términos : *Examinad bien por qué causa estos ladrones han sido entregados al juez, y vereis que vos mismo os habeis entregado á la emocion de vuestro cora on.* Este consejo produjo el efecto que deseaba ; entrando el hermano dentro de sí mismo, salió de su celda, lo que no habia hecho muchos años hacia, se fué á la ciudad, y obtuvo con sus, solicitaciones y por la autoridad que por las disposicion de sus virtudes se habia adquirido, la libertad de los prisioneros.

Encuéntranse en la Recoleccion de las Actas de San Pemen y en las instrucciones que daba á los demás tan hermosos sentimientos de dulzura y humildad, que puede decirse que estas virtudes formaban su principal caracter. Sucedió que un hermano cometió una falta en un monasterio, la cual pareció muy considerable al superior para decidir de ella por sí mismo, y esto le determinó á consultar á un anacoreta de las inmediaciones para saber de él lo que debia hacer ; y este anacoreta, aunque por otra parte hombre santo, dejándose llevar demasiado de su celo, le dijo que le echase del monasterio ; lo cual fué ejecutado. Este hermano, así arrojado, se retiró en una cueva ; otros dicen que se puso en un pozo, y se entregó á todo su dolor, llorando amargamente. Por aquel tiempo pasaron unos solitarios que iban á ver á San Pemen y oyendo llorar á su hermano le preguntaron por la causa de sus lágrimas. Quisieron persuadirle que fuese á encontrar al anacoreta que le habia hecho echar ; pero no pudieron conquistar su espíritu y les dijo que estaba decidido á dejarse morir allí.

No pudiendo aquellos solitarios obtener nada, fueron á San Pemen y le refirieron el estado de aquel hermano. El Santo movido á compasion, les suplicó que volviesen á él y se lo trajesen lo cual hicieron. Apenas le vió en aquel abatimiento se levantó, se adelantó hacia él, abrazóle tiernamente, procuró consolarle y le suplicó que comiese. Entre tanto envió á alguno al anacoreta y le mandó decir esto de su parte : « Hace muchos años que he oido hablar de vos y que deseo veros ; pero mi pereza, lo mismo que la vuestra, ha impedido que esto se hiciese. Ahora que la providencia ha querido que se presentase una ocasion favorable para ello, os suplico que tengais á bien tomaros la molestia de venir hasta aqui : »

El anacoreta no tenia costumbre de dejar su celda ; hacia muchos años que no habia salido de ella y no dudaba

que el santo lo supiese. Creyó pues que no le podia hacer esta suplica sin haber tenido pará ello una particular inspiracion de Dios, y se fué á él. Recibióle el santo con grandes muestras de alegría; y habiéndose sentado despue del ordinario saludo, le dijo: « Habia dos personas que cada una tenia un muerto en su casa, y sin embargo una de ellas dejó la suya para ir á llorar el de su vecino. » El anacoreta comprendió al instante lo que le queria dar á entender con esta parábola. Tuvo pesar del consejo demasiado rigido que habia dado, y exclamó: « Pemen está alto, muy alto en el cielo; y yo estoy bajo, muy bajo en la tierra. »

Un solitario le dijo un dia: « Padre mio, cuando algun hermano viene á verme (Miscell. vos p. 133.), si he sabido que ha caido en una falta considerable, le niego la entrada en mi celda; por el contrario si sé que es un buen religioso, le recibo con alegría. » A lo cual respondió (Vit. P.P. 3. n. 140): « Si haceis bien al que está bueno, hacédselo doble al otro porque está enfermo. » Con lo cual le contó esta historia: Habia cerca de un monasterio un anacoreta llamado Timoteo. Habiendo sabido el superior que uno de los hermanos estaba grandemente tentado, fué é encontrar á este anacoreta para recibir su consejo, y este le aconsejó que le echase fuera; pero apenas se hubo ejecutado esto, cuando Timoteo se encontró entregado á la misma tentacion, y fué esta tan violenta que se hallaba en peligro de sucumbir á ella. En este extremo humillóse delante de Dios y dijo derramando lágrimas: Señor, yo soy un pecador; tened piedad de mí y perdonadme mis pecados. » Y oyó una voz que le dijo: « Sabed, Timoteo, que esta tentacion no os ha atacado sino porque no habeis tenido compasion de aquel hermano, que estaba tentado como lo estais vos al presente. »

Habia en aquel lugar un hermano jóven que hacia algun tiempo que era atormentado con pensamientos de

blasfemia que á nadie se atrevia á declarar. Bien es verdad que iba á encontrar á los solitarios más ilustres de aquel desierto; pero cuando se hallaba delante de ellos, la vergüenza le cerraba la boca. Habia ido tambien muchas veces á ver á San Pemen, el cual comprendia que padecia alguna secreta tentacion, de la que no le hablaba. Por último un dia le previno él mismo con estas palabras: « Hace mucho tiempo, hijo mio, que venás á verme, y yo comprendo que es para contarme vuestras penas; sin embargo, siempre os marchais guardándolas en vuestra alma. Os ruego que no me las oculteis y que descargueis vuestro corazon. » Entonces aquel jóven solitario le confesó todo cuanto pasaba en su espíritu, y á medida que se lo iba diciendo, se sentia aliviado. El Santo le consoló mucho, y le dio por consejo que cuando el demonio volviese á sugerirle estos pensamientos en su alma, le dijese decididamente: « Que tu blasfemia recaiga sobre tí; en cuanto á mí yo no quiero tomar parte en ella, y mi alma la detesta. » Pues añadió el, sucede ordinariamente que cuando el alma tiene horror á estos pensamientos, no duran mucho tiempo. Habiendo este hermano recibido tal consejo quedóse con él muy consolado y se volvió tranquilo á su celda.

Otro solitario fué tambien á encontrarle y le dijo: « Padre mio, yo he cometido una gran falta, y estoy resuelto á hacer penitencia de ella durante tres años. » — « Esto es mucho » le respondió. — « Pues, replicó el solitario, ¿ quereis que no la haga más que durante un año? » — « Todavía es mucho, » le dijo. No estaban solos, y los otros hermanos que se hallaban presentes le dijeron: « ¿ Cuánto tiempo quereis pues que la haga? ¿ cuarenta dias? » Él respondió: « Todavía es mucho; porque pienso que si un hombre se arrepiente de todo su corazon y no vuelve á caer mas en el pecado, Dios se contentará hasta con una penitencia de tres dias. »

Tenia por máxima que no se habia de reprender ágríamente al pecador cuando confiesa su falta; porque de otra manera, decia él, combatis su espíritu, mientras que recomendándole que tenga cuidado de no pecar más, le fortaleceis y le dais ánimo para hacer penitencia.

Díos hizo ver por un milagro de su gracia que era guiado por su espíritu en su caridad tan compasiva para con los pecadores. Habia en su vecindario un solitario escandaloso, y el santo, en una ocasion en que sabia que se hallaba en un caso muy pesado, envióle, por uno de sus más jóvenes hermanos, un poco de vino en una botella, sin que ni él ni ningun otro supiese la causa de esto. Este solitario se movió tanto con su dulzura, que pocos dias despues fué á encontrarle para hacer penitencia de su escándalo.

#### Capítulo II.

Hemos citado ya muchos ejemplos de la dulzura de San Pemen; sin embargo no hay que creer que esta llegase hasta lisonjear flojamente á los pecadores. Exigia de ellos que hiciesen penitencia á proporcion de sus faltas, y que se alejasen absolutamente de la ocasion del pecado. Así que habiendo un solitario, que se encontraba en este caso, ido á manifestarle que sufría una violenta tentacion, le respondió que debía abandonar el lugar en que moraba, y alejarse de él tanta distancia de camino cuanta pudiese andar en tres dias y tres noches, y á más de esto ayunar un año entero. « Pero, Padre mio, le dijo este solitario, si yo llegase á morir antes de terminar el año ¿ qué sería de mi ? » — « Espero le respondió él, que si murieseis en la resolucion de cumplir esta penitencia, ó alguna otra, Dios os concedería misericordia.

Otro hermano fué tambien á consultarle para saber si debía morar por más tiempo con su abad, viendo manifies-

tamente que, muy lejos de aprovecharse con su conducta corria riesgo de perder su alma. Bien veía el santo que decia verdad; pero estaba admirado de que le pidiese consejo sobre una cosa tan evidente por sí misma. Díjole por consiguiente: « Quedaos allí si quereis. » El hermano permaneció todavia allí algun tiempo; despues de lo cual volvió á verle para presentarle la misma queja y él no quiso todavia decirle que le dejase. Finalmente volvió por tercera vez, y entonces San Pemen le respondió: « No moreis más con este abad, y heos ahí salvo. » Añadió en seguida: Se deben descubrir los pensamientos á los ancianos en cosas que ofrezcan alguna duda, á fin de que ellos juzguen si hay en los mismos bien ó mal; pero en las cosas en las que se vé manifestamente pecado y en que se pierde el alma, no hay necesidad de pedir su consejo, sino que hay que quitar al instante la ocasion. »

Por efecto de su dulzura y de su caridad compasiva en las necesidades espirituales de sus hermanos, estaba siempre dispuesto á darles audiencia, y en cualquier tiempo que fuese. Acostumbraban los solitarios durante la santa cuaresma á guardar silencio con más rigor. No era él en esto menos exacto que los otros; pero cuando se trataba del bien del alma de su prójimo, sabia que el silencio no se resentía de esto. Así que (Vit. PP. I. 5. lib. 13 § 5) habiendo un solitario ido á verle en la segunda semana de cuaresma para descubrirle lo que pasaba en su corazon, despues de habérselo manifestado y recibido sus consejos con mucho consuelo, le dijo antes de retirarse: « Poco faltó, Padre mio, de que yo no os haya venido á ver; pero temia que en este tiempo no quisieseis dejar de abrirme la puerta; » y él le respondió: « Yo no sé cerrar esta puerta de madera; pero hago lo que puedo por tener cerrada la de mi lengua. »

Este santo trataba en esta ocasion de un principio de